MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON

EN OCASION DEL ALMUERZO OFRECIDO
EN SU HONOR POR EL
PRESIDENTE DEL GOBIERNO ESPAÑOL,

EXCMO. SR. DON FELIPE GONZALEZ MARQUEZ

PALACIO DE LA MONCLOA
MADRID, ESPAÑA
16 DE MAYO DE 1988

ESPAÑA Y PUERTO RICO:

PUENTES AL FUTURO

Hay una fórmula retórica que se supone que utilicen los gobernantes hispanoamericanos cuando viajan en visita oficial a España. Y esa fórmula consiste en evocar los lazos históricos que unen a las sociedades hispanas de aquel continente con nuestra Madre Patria.

Realmente, no me parece ocioso hacerlo. Lo hicimos hace pocos meses, cuando su Majestad Juan Carlos I nos visitó, y estamos siempre dispuestos a hacerlo, porque nuestro aprecio y cariño a España es realmente notable. Haber creado la América Hispana es la mayor hazaña cultural de este país, y es razonable y justo que los americanos de nuestra lengua comiencen por reconocer este dato indiscutible. Y ni siquiera se trata de una muestra de humildad o de gratitud, sino de algo mucho más importante: España es la pieza clave de nuestra identidad y reconocerlo es una fórmula propicia para entendernos nosotros mismos, e incluso para entender a los otros pueblos del continente.

Mientras en América a veces nos separan el mar, o las montañas infranqueables, o las rivalidades étnicas o políticas, lo que nos une es España. Lo que nos vertebra —como tal vez Ortega hubiera dicho— es España.

Al mismo tiempo, Hispanoamérica ejerce sobre la Península un efecto parecido. Donde España de verdad se forja es en América. Es allí donde castellanos, gallegos, vascos, mallorquines, catalanes, canarios, valencianos, andaluces o asturianos se funden en un nuevo tipo de hombre ibérico. Y es allí, en el contacto con la realidad americana, donde las amargas diferencias que todavía hoy subsisten en la Península, se borran o se disimulan hasta hacerse imperceptibles.

No es desmesurado afirmar, entonces, con orgullo, que es cierto que nosotros somos hijos de España, pero que España, en alguna medida, es también hija nuestra. No podía ser de otra forma, tratándose de un proceso de transculturación en las dos direcciones que duró nada menos que cuatro siglos, y que hoy parece que se renueva por otra vía completamente diferente.

Y de eso, exactamente, he venido a hablar a España. No tanto del pasado que nos une, como de un futuro que puede enriquecer tremendamente nuestros vínculos. Porque si la España imperial realizó el portento de la Conquista y Colonización del mundo americano, esta España de hoy está llevando a cabo otra hazaña admirable: la consolidación simultánea de la democracia y de la prosperidad de grandes sectores del pueblo español secularmente olvidados.

Y este fenómeno es muy importante, porque España, sin dejar de ser la Madre Patria de todas nuestras nostalgias y querencias, se está convirtiendo en el arquetipo alcanzable para los pueblos hispanos allende el Atlántico.

Esta España de hoy, libre, tolerante y democrática, demuestra que no tienen razón quienes ven con pesimismo el destino de Hispanoamérica. Esta España de elecciones libres, parlamento abierto, monarquía ejemplar y prensa sin temor; esta España con más de cinco mil dólares per cápita, deuda manejable, enormes reservas de divisas y pujante economía, ejerce sobre los hispanoamericanos el balsámico efecto de demostrarles, en la realidad de los hechos, que es perfectamente posible para nuestros pueblos alcanzar un grado notable de desarrollo sin tener que renunciar a las libertades fundamentales.

Por eso decía que el éxito del modelo español era singularmente importante para América Latina. Durante décadas, cuando fracasábamos, se nos decía que la crisis, la insolidaridad y la catástrofe social eran algo así como el ananké para los griegos. Una fatalidad ineluctable que nos deparaban los dioses, o —más grave aún— que nos venía del ancestro español. Pues bien: el ejemplo de la España de hoy nos devuelve a todos la esperanza. España es nuestro pasado, pero muy bien puede encarnar también nuestro futuro.

Y es a esa modernidad de la España actual a la que los puertorriqueños les gusta sumar su propia modernidad, y descubrir, de paso, las grandes coincidencias que nos vinculan. Porque Puerto Rico —y esto lo proclamo con orgullo— desde hace bastante tiempo, es otro pilar de la prosperidad y la libertad en el mundo de habla hispana.

Nuestra sociedad no ha conocido en el Siglo XX los golpes militares ni la interrupción de la convivencia pacífica. De forma paulatina, pero acelerada, a partir de 1952, cuando tomamos en nuestras manos el

destino político de la Isla y creamos el Estado Libre Asociado, hemos conseguido despegar económicamente sin sacrificar nuestras libertades esenciales.

Los puertorriqueños tenemos hoy el más alto per cápita de América Latina, muy similar, por cierto, al español. Y contamos con los mejores índices de salud, educación y longevidad.

Con tres millones y medio de habitantes, y desde un territorio de menos de nueve mil kilómetros cuadrados (esto es, la mitad El Salvador, la menor de las repúblicas de Hispanoamérica), exportamos el cincuenta por ciento de lo que exporta Brasil o México, e importamos la mitad del valor de las exportaciones españolas, con un superávit anual que nos favorece en más de mil millones de dólares.

En el curso de apenas dos generaciones, hemos pasado de una sociedad agrícola y atrasada hasta constituir una sociedad moderna que deriva su sustento de la industria y los servicios. Tiene Puerto Rico un pujante sector industrial que aporta a la fuerza trabajadora más puestos de trabajo que nuestra agricultura, turismo y construcción juntos. Por otra parte, el año pasado arribaron casi tres millones de visitantes a nuestras costas, convirtiendo nuestra pequeña Isla en el foco de atracción turística del Caribe.Un paraíso de sol, palmeras y arena blanca sobre el que se asienta una sociedad absolutamente respetuosa de la soberanía de los pueblos vecinos, y que no intenta imponerle a nadie su modelo político o económico.

No obstante, este afortunado Puerto Rico de hoy —como ocurre con la España de nuestro tiempo— no ha renunciado a la obligada solidaridad con los pueblos hermanos, y sirve como corazón y cabeza de una iniciativa a la cual Washington ha dado su apoyo para el desarrollo de la Cuenca del Caribe. Son varias las islas y países vecinos que se han visto favorecidos por nuestro concurso, y esperamos continuar siendo ese experimentado interlocutor entre Estados Unidos y la otra América que tanto necesita.

Y de ahí otra coincidencia notable entre la España y el Puerto Rico actual. La España de hoy, país europeo abierto a América, se ha erigido responsablemente en defensora de los intereses de Hispanoamérica ante los países miembros de la Comunidad Económica Europea. Y Puerto Rico, estado hispanoamericano, política y económicamente vinculado a los Estados Unidos, también intenta servir de

puente entre sus necesitados hermanos de sangre y la poderosa nación a la que estamos leal y voluntariamente unidos.

Probablemente es valiosa la ayuda que Madrid y San Juan pueden brindarle a los pueblos de la América Hispana, ejerciendo esa noble función de conseguir que la enorme riqueza de Europa Occidental y de los Estados Unidos no quede totalmente fuera del alcance de los pueblos de nuestra lengua.

Tanto España como Puerto Rico —cada sociedad a la escala que le corresponde, desde luego— por esa mezcla impredecible de azar y voluntad que gobierna la historia, están hoy a la cabeza del mundo de habla hispana, y tienen en las manos todos los elementos para suponer que les corresponde un futuro brillante. Y no es arriesgado afirmar que ese prometedor destino será aún mejor si los lazos entre la isla caribeña y la península europea se multiplican y estrechan. Nuestros industriales y financieros, nuestros artistas y científicos, deben acercarse y conocerse mejor. Nuestros estudiantes deben hallar juntos las virtudes y defectos de nuestros sistemas educativos.

Hace poco más de cuarenta años llegó a nuestras playas un pequeño grupo de españoles. No eran muchos los que arribaban a nuestra Isla desde 1898, y estos no eran realmente inmigrantes convencionales. Venían cansados, destrozados por la Guerra Civil. El Puerto Rico de entonces, pobre, casi hambriento, no se parecía al de hoy por la pobreza que prevalecía, pero tenía tres virtudes que aún conserva: la hospitalidad, el respeto por el talento y la gratitud a quien nos hace bien. Y nuestra gente pudo ejercer esos tres rasgos de la personalidad colectiva con los recién llegados.

Les abrimos los brazos, nos percatamos, enseguida, del bagaje cultural que traían, y no tardamos en agradecer cuanto de bueno aportaban a nuestra sociedad. Algunos de aquellos nombres son sencillamente inolvidables para nosotros y dejaron una huella enorme en nuestro pueblo. Me refiero, claro, a Pablo Casals, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Federico de Onís, María Zambrano, Francisco Ayala, Ricardo Gullón, Enrique Tierno Galván, José Medina Echevarría, Segundo Serrano Poncela. En cierta forma, ese fue nuestro segundo Descubrimiento. Otros españoles y otros puertorriqueños se descubrieron mutuamente en la amistad y el trabajo creativo.

Ahora les propongo un tercer Descubrimiento. Acerquémonos a nuestros pueblos y a nuestros grupos dirigentes. Unamos nuestras dos parcelas hispanas en la búsqueda del bien común. Sumemos nuestros esfuerzos para que la libertad y la prosperidad que hoy nosotros disfrutamos se extienda desde el Río Grande hasta la Patagonia. Demostrémosle al mundo que la grandeza de la cultura ibérica no es un hecho pretérito, y que sus mejores frutos aún nos esperan en el radiante porvenir que seremos capaces de crear con nuestro propio tesón.